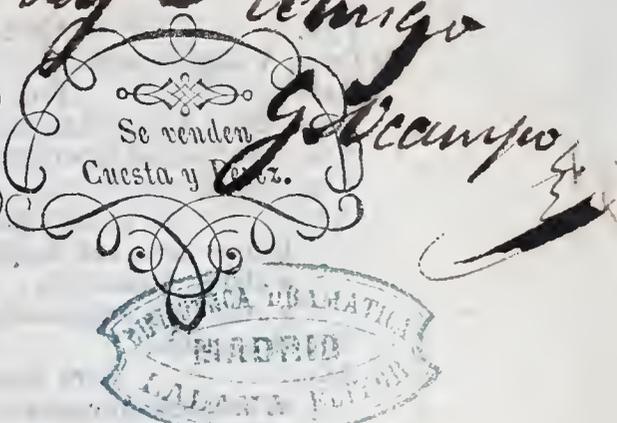
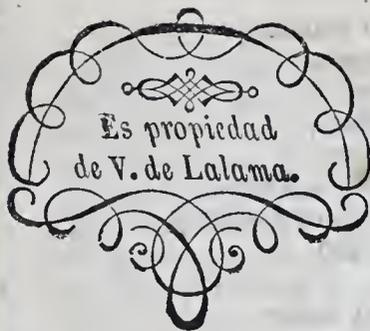


Al Sr. D. Manuel Fernandez Caballe

Su amigo

Garcampo



UN PRISIONERO DE ESTADO O LAS APARIENCIAS ENGAÑAN.

Drama original en tres actos, por D. Primitivo Gonzalez Ocampo y D. Antonio R. de Poó, representado con grande aplauso en el teatro de Variedades el 28 de julio de 1855.

A D. Antonio Gonzalez Ocampo.—Su hermano.

PERSONAGES.	ACTORES.
MARIA, y	Doña M. Martinez.
DOÑA GERTRUDIS, damas de honor.....	Doña R. Lansac.
EDRO.....	D. D. Detrell.
DON JULIAN, capitán de guardias.....	D. L. Martinez.
EL REY.....	D. A. Chavarría.
FERNANDEZ,	D. M. Gil.
CRUZ y	D. I. Mur.
AGUILAR, caballeros.....	D. F. Martinez.
DON PAGE.	Doña E. Navarro.
UNA CRIADA.	Doña J. Carceller.
Damas, caballeros, soldados.	

La escena pasa en Madrid á principios del siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio real. A la derecha puerta que conduce á la cámara del rey. Una mesa con recado de escritorio. A la izquierda puerta de la cámara de la reina. Puerta en el fondo. Al levantarse el telon Maria y damas salen de la cámara del rey, y entran en la de la reina. En esta escena quedarán los caballeros Fernando, Aguilar, Cruz.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDEZ, CRUZ y AGUILAR.

FER. Habeis notado?
 CRUZ. No tal.
 FER. Esa turbacion del rey?
 Pobre Julian! Es de ley que siempre le siga el mal.
 AGUI. Mas esplicadme...
 FER. Oid.
 Ya sabeis quién es Maria?
 AGUI. Rara pregunta!
 CRUZ. A fé mia que es la perla de Madrid!

FER. Pues esa linda doncella (con sigilo.) de hermosura singular, ha llegado á enamorar al rey por su mala estrella.
 CRUZ. Diablo!
 FER. Pues no es lo peor; sino que tiene un rival que muere tambien de amor, pero con suerte fatal.
 AGUI. No es correspondido acaso?
 FER. Si; mas no hay quien forme un empeño en dar un paso tan...
 CRUZ. Yo en eso estoy conforme. Un rey no tiene en la tierra, so pena de ser traidor, quien le dispute un amor que su régio pecho encierra. Debe el galan retirarse, aunque le cueste la vida, del lado de su querida sin pesar, y sin quejarse.
 AGUI. Eso la ley viene á ser.
 CRUZ. Y es ley sin disputa justa.
 AGUI. Pues á mi poco me gusta.
 CRUZ. La tendreis que obedecer.
 AGUI. Tal vez... Mas ya me olvidaba... Deciais que otro hombre (á Fernandez.) á Maria tambien amaba?
 FER. Si.
 CRUZ. Y cuál es su nombre?
 FER. Ya os lo dije; don Julian ama tambien y es amado.
 AGUI. Qué decis? El capitán!..
 FER. Es amante desgraciado. Por eso hoy en la audiencia cuando á Maria miró el rey, se le advirtió muy turbado en su presencia.
 CRUZ. Y don Julian!..

FER. Allí estaba.

CRUZ. Y llegó á ver...

FER. Todo vió.

CRUZ. Pues entonces se acabó.

AGUI. Yo todavía esperaba.

FER. Cómo!

AGUI. No es maravilla.

Que se parta con su amada

á alguna lejana villa,

y avita toda emboscada.

FER. Imposible!

AGUI. Otro partido

no le queda al capitán:

si al momento no se van,

no hay remedio, está perdido.

CRUZ. Señores, chítón, callad;

si él la quiere, si él la adora,

solo nos importa ahora,

el ver á su magestad.

(*entran en la Cámara de la reina.*)

ESCENA II.

DON JULIAN, por la derecha triste y reflexionando.

JUL. Si, si; por desgracia mia

al rey amor le inspiró...

Esa mirada... Su acento...

y cuando ella miró,

su semblante; de carmin

al momento se tornó.

El ser bella, el ser hermosa

aquí cualidades son,

que ocultarlas es preciso,

si evitar su perdicion

quiere una joven sencilla

y de honesta condicion!

La fama de tu belleza

al rey, Maria, chocó;

quiso verte, y de la reina

dama entonces te nombró.

Y el rey, cándida paloma,

cundo tu hermosura vió,

quedó prendado, y su pecho

vehemente llama sintió.

Yo necesito una prueba

que decida de mi suerte.

Infeliz! Si me has vendido,

solo te espera la muerte. (*queda pensativo.*)

ESCENA III.

DON JULIAN, DOÑA GERTRUDIS, saliendo de la cámara de la reina.

GER. Es chistosa la mania

en que dan todos ahora!

Ah! Capitan? (*reparando en él.*) No sabia...

Mas dispensadme...

JUL. Señora!..

Qué mania os inquietaba?

GER. Inquietarme? No; por qué?

Solo en mi mente buscaba

una razon... ~~No sabia.~~ *ya averte.*

(*reflexionando un momento.*)

JUL. Y qué era?

GER. No sabéis

lo que en palacio se habla?

JUL. Ni tampoco una palabra.

Como vos no me conteis.

GER. En buen hora que pronuncien

con admiracion su nombre.

No hay en palacio ya un hombre

que bellos sueños no anuncien

á esa linda... aventurera.

Y la orgullosa señora

se llena ya de esperanza,

y sueña tambien bonanza

por que cree que el rey la adora.

(*movimiento en Julian.*)

Ya se vé, si al soberano

le robó su corazon,

sueña que tiene en su mano

el logro de su ambicion.

Y como todos la halagan

y ponderan su belleza,

un tributo crec que pagan

á su hidalguia y nobleza.

Y porque el rey la sacó

de asquerosos lodazales,

con derecho se creyó

á tratarnos como iguales. (*con profundo desprecio.*)

Miserable! Tú, qué has sido,

y qué cres hoy en el día!

Diste ya un eterno olvido

á tu condicion, Maria?

JUL. Maria!

GER. Si.

JUL. Deciais...

GER. Dicen que por ambicion

dió al rey su corazon:

yo creí que lo sabiais..

JUL. No por Dios! Y el que villano

tal asegure, ese miente!

GER. Ah! Don Julian, muy temprano

la proclamais inocente.

Teneis pruebas?..

JUL. Si las tengo.

Esa muger está pura;

yo lo digo y lo sostengo!

Es una débil criatura,

á quien tal vez por envidia

ultrajan infamemente.

GER. Aseguro que en la lidia (*riendo.*)

perdereis probablemente.

(*Maldicion! Lo sospechaba!*)

Mas por quien soy, triunfaré!

Capitan, yo no tomaba

su defensa.

JUL. Mataré

á todo infame traidor,

y le seguiré su huella,

si me dice que es amor

impuro el que siente ella.

GER. Solo un hombre que la amara

pudiera con tal fervor, (*con ironia.*)

defender tan casto amor

sin que nadie lo estrañara.

Si quien sois yo no supiera,

diria, al veros hablar,

que os ha llegado á inspirar

amor esa aventurera.

JUL. Es deber de caballero;

cundo en sus oidos suenan

palabras que pronto llenan

de consternacion primero,

despues de amargo quebranto

el corazon de una dama

que arde con vehemente llama,

con amor sublime y santo;

el castigar al malvado

que calumnia infamemente.

á una virgen inocente!

GER. Mas las pruebas no habeis dado.

JUL. Pruebas! Si, mi corazon
que no me engaña jamás,
me dice que esa pasion
es inventada no mas.
(Dios mio! Yo me confundo!
Mi sospecha cierta era...
Ah! Hoy por la vez primera
siento encontrarme en el mundo!)

GER. Si mas pruebas no teneis
que del corazon la voz;
pronto os desengañareis
con un desencanto atroz.
Pues figúrome al oír
vuestro empeño en no creer,
que amais á esa muger,
y os tendreis que arrepentir.

JUL. No; es solo compasion
lo que me inspira Maria,
y jamás mi corazon
á ella entregué, á fé mia.

GER. Mucho mejor, capitán.
Mas dejemos esto ahora.

JUL. Mejor será; si señora,
pues es inútil mi afán.

(hace un movimiento para irse.)

GER. Os vais?

JUL. Me ha encomendado
el rey la traslacion
aquí, desde su prision,
de un pobre reo de estado.
Adios quedad.

GER. El os guie. (vase don Julian.)

ESCENA IV.

DOÑA GERTRUDIS.

GER. Salió vana mi esperanza!
La adora, si, y en bonanza
su corazon se sonrie!..
Quiero humillarte, capitán valiente!
Angel consolador de la ofendida!
Quiero apagar de pronto el fuego ardiente
que hay en tu corazon... Tus bellos días
convertiré en cruels agonias,
destrozaré tu amor y tu esperanza...
y tú, y esa paloma del oriente,
apagareis la sed de mi venganza!
Un día de mi amor tú te burlaste
destrozando mi ser con amargura...
á aborrecer entonces me enseñaste,
y aborrecí y odié; mi alma inocente
vengarse deseó tan fieramente
como dañada fue; y mi sosiego
cuando mi corazon lo destrozaste,
volvióse al punto en vengativo fuego.
Y sin embargo, Julian, yo te adoraba
con el amor del querubin al cielo!
Y cuando mi pasion te confesaba
entreviendo dichosos resplandores...
con sarcasmo, acojiste mis amores!
Secos mis ojos de llorar quedaron!
Perdida la ilusion que tanto amaba!
Mas yo me vengaré cual me humillaron!
(va á retirarse, y al ver á Maria se detiene.)

ESCENA V.

GERTRUDIS, MARIA.

GER. Dónde estará? Dónde hallarle?

Ah! Señora... (reparando en ella.)

GER. A quién buskais?

MAR. No... yo...

GER. A qué lo negais?

(Aqui venia á buscarle!)

Veo en vos algunos días (con fingido interés.)

una tristeza que el alma
me aflige, y vuestra calma
sufre grandes agonias.

Por qué no me confiais
vuestro pesar ó dolor?

Ya no creéis en mi amor?

(seña afirmativa de Maria.)

Por qué mi vista evitais?

MAR. Porque hay pesar que no cura
ni el cariño mas ardiente,
ni la amistad mas ferviente,
ni dulce y grata ternura.

Porque hay pesar tan horrible
que el corazon no percibe,
y el que lo tiene, concibe
solo su efecto terrible.

GER. Mas la amistad... Yo no encuentro...

MAR. Los males del corazon
solo saben lo que son
el que los tiene aqui dentro.

GER. Sin embargo, aunque no pueda
mi amistad daros consuelo,
mitigará vuestro anhelo
algun tanto.

MAR. No le queda
á mi dolor más que un día.

GER. (Oh! Mas esa afliccion
si se vé correspondida,
no comprendo, por mi vida;
casi me dá compasion!)

MAR. Escuchad; habeis amado
con amor santo y profundo
alguna vez en el mundo?
Habeis ventura soñado?

GER. Ah! No... (Ideas estrañas!) (sorprendida.)

MAR. Entonces, dichosa dama,
no comprendereis la llama
que devora mis entrañas.

GER. Luego vos, segun entiendo,
con un amor insensato
amais á un doncel ingrato?

MAR. Ingrato; no.

GER. No comprendo...
Sois tal vez correspondida?

MAR. Sin duda.

GER. (Me habia engañado!)

MAR. Y mil veces me ha jurado
amarme toda su vida!

GER. Pues entonces; vuestro afán...

MAR. Es un temor tan cruel,
que tiemblo al pensar en él...
Son los celos de Julian!

GER. De Julian; decís?

MAR. Sin duda.

Mas cuando estoy á su lado
mi temor dejo olvidado.

GER. (La rabia me deja muda.)
Y él, os ama? (Oh! Qué ira!)
Respondedme.

MAR. Si señora:
él ha dicho que me adora.

GER. No puede ser, no, mentira!

MAR. Decis que Julian me engaña?

Acaso me será infiel?
 Y yo que creía en él!..
 GER. (Esta inocencia me daña!)
 MAR. Decid, sabéis por ventura
 si me retiró su amor?
 (Dios mio, dadme valor
 para apurar mi amargura!)
 GER. Ya os advertiré despacio
 el peligro que correis;
 en tanto, con nadie hableis
 de esto. Cuando en palacio
 todos estén descansando,
 estareis velando vos,
 y os contaré... Ahora, adios.
 MAR. Adios; estaré esperando.

ESCENA VI.

MARIA.

Retirarme su amor en el instante
 que mas necesitaba!..
 Cuando yo le creía mas amante,
 faltando á su palabra, me engañaba!
 Hoy, Dios eterno, vuestra airada mano
 me llena de quebranto!
 Esperaba en su amor... mas era en vano;
 ya no me resta mas que amargo llanto!
 Es un sino fatal el que me impele
 á no gozar ventura!
 No ves, Julian, mi llanto?
 Acaso no te duele
 dar á mi corazon tanta tortura?
 Mas siento pasos. (*mirando al fondo.*)
 Es él que viene
 un preso custodiando.
 Que no vea la inquietud en que me tiene.
 Cállate, corazon; no estés penando.

ESCENA VII.

MARIA, PEDRO, JULIAN.

JUL. (*á Pedro que viene entre soldados.*)
 Animo, que en el momento
 al rey por fin vais á ver.
 PED. Es mi destino tener
 para siempre este tormento..
 JUL. Maria! Oh, mi bien! Ya deseaba
 un instante gozar como el presente..
 Mas un deber maldito me obligaba
 á estar por algun tiempo de ti ausente;
 porque un minuto que sin verte pase
 pareceme un siglo de agonía;
 porque eres tú mi luz, mi amor, la base
 donde descansa la existencia mia!
 MAR. Luego me amas?
 JUL. Con amor eterno!
 El dejarte de amar era imposible!
 MAR. Esa mujer es hija del infierno!
 Por qué le dió á mi pecho duda horrible?
 JUL. Qué duda? Qué muger?
 MAR. No es nada!..
 Mas repara que el preso está observando.
 JUL. Es verdad. El rey me espera. Camarada,
 seguidme, que el rey está esperando!
 (*lo entra en la cámara del rey y vuelve á salir.*)

ESCENA VIII.

MARIA, JULIAN.

JUL. Maria!.. (*Cómo decirle...*)
 MAR. Qué me quieres?
 JUL. Quiero hablarte

de una cosa...

MAR. Di, qué pasa?

JUL. Recuerdas aun á tu padre?

MAR. Ah! que si me acuerdo! Si,

cómo pudiera olvidarle?

Era yo niña... muy niña;

habia perdido á mi madre!

Oh, Dios mio! Aquel recuerdo
 me horroriza... murió de hambre!

Contaba yo nueve años,

estaba sola una tarde,

cuando en mi casa entró un hombre,

cubierto todo el semblante,

de torva faz, receloso...

Me pregunta por mi padre;

no me atrevi á responderle:

él insiste... mas en valde!

Tuve miedo de aquel hombre...

y además, estaba exánime

como él! Tambien yo

desfallecia de hambre!..

JUL. No te aflijas! Ya lo sé...

varias veces lo contaste...

MAR. Viene mi padre; aquel hombre

se puso al momento á hablarle...

no sé de lo que trataban;

mas recuerdo que un instante

yo desfalleci; di un grito!

Sentía angustias mortales...

y... pan! pronuncié en seguida!

Veo á mi padre que anhelante

me toma en sus brazos. Hija,

dijo: de aqui en adelante

pan tendrás... Y me llevó

no sé donde... Pobre padre!..

y no he vuelto á verle mas.

JUL. Pues yo he conseguido hallarle.

MAR. Tú! Dónde está?.. Quiero verle!

Oh, Julian, yo quiero hablarle!

JUL. No puede ser.

MAR. Qué, una hija

no puede ver á su padre?

JUL. Si, pero escucha; ese preso...

MAR. Es él?

JUL. Cuando fui á buscarle

de orden del rey, me contó

su historia; y como sabes

que la tuya varias veces

me referiste...

MAR. Sospechaste

fuera él!

JUL. Le pregunté

el nombre de su hija...

MAR. Y...

JUL. No cabe

duda; eres tú! Cuando el rey

concluya, podrás hablarle!

MAR. Vé, Julian; di que me has visto. (*vase Julio*)

ESCENA IX.

MARIA, luego un PAGE.

MAR. Cómo podré yo salvarle? (*vá á salir.*)PAGE. (*saliendo.*) Bella Maria?

MAR. Qué quereis?

PAGE. (*Vamos, que con este medio**mi suerte ya sin remedio**hice.*) Si es que podeis

concederme un solo instante,

os diré...

MAR. Decid por Dios! (Se levanta.)
PAGE. (Estamos solos los dos; es preciso ser galante.)
 Os diré que sois tan bella como la rosa en capuz;
 ideal como la luz de la vaporosa estrella.
MAR. Pensamientos muy chistosos tenéis; mas en palacio yo nunca estaré despacio.
 Los instantes son preciosos. Adios pues.
PAGE. (Vamos al grano.)
 Escuchad por santa Marta; tambien os traigo una carta para darla en propia mano.
MAR. Una carta? De quién?
PAGE. (Bah!)
 Se hace conmigo inocente; mas yo no tan fácilmente me trago ese anzuelo ya!
 De quién ha de ser? De él!
MAR. De él? Ah! Dádmela luego.
PAGE. (Pues señor, este es un juego como otro, aunque menos fiel.)
 Tomadla...
MAR. (después de abrirla.) Ah! Me engañé! (lee.)
PAGE. (Dios fuerte!)
 Ay, qué gestos!.. Por aquí me parece que perdi.
 Visto está, no tengo suerte!
MAR. Tomad... (dándole la carta con dignidad.)
PAGE. Cómo!.. Señora!
MAR. Devolvedla al que os la dió.
PAGE. Y cómo quereis que yo?..
 No puede ser... (Ah! Ahora lo hace por disimular!
 Mas despacito me voy, porque bien seguro estoy de que me vuelve á llamar.)
 (se retira poco á poco, mirando hacia atrás.)
MAR. (Oh, qué idea!) Escuchad!
PAGE. (No lo dije? Soy tan diestro, que puedo ya ser maestro en estos lances.) Mandad.
MAR. Dadme esa carta al instante.
PAGE. Tomadla. (Mas por mi honor te juro que á mi favor ha de ser escala amante.)
MAR. (Espóngome á que mañana hable mal de mi la corte!
 Mas yo haré que no me importe su chismografía liviana!) (escribe en la misma carta.)
 Tomad; y no decid nada del recibimiento duro.
PAGE. Nada diré; yo os lo juro! (vase Maria.)

ESCENA X.

PAGE, solo.

PAGE. Hablar yo! Buena bobada!
 Le diré que me acogió con dulce sonrisa amante, y aseguro que al instante soy su confidente yo! (entra en la cámara del rey.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Maria en el palacio real. Puertas late-

rales: otra al fondo. Al levantarse el telon Maria está sentada, y don Julian en pie apoyándose en el respaldo del asiento.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN, MARIA.

MAR. Gracias que mi padre habló; para ser feliz, mi anhelo es que te devuelva el cielo esa tu perdida fé.
 Por qué no me crees, Julian?
JUL. Perdóname si remiso estuve, pero ese aviso me inquietó.
MAR. Miedo me dan tus temores; no adivino que el rey con tantos favores quisiera...
JUL. Me lo imagino.
 Teme siempre sus amores!.. Sabes lo que trae el latir de un monarca el corazon?
 Es un eterno sufrir, cruel desesperacion.
 Ama, cuando vé á una bella; y en su persona fiado, profana lo mas sagrado; el honor de una doncella! Cualquier obstáculo corta para llegar á su objeto; nada teme, nada importa que llore ella en secreto! Lágrimas de una muger por su amado honor perdido... qué importan, si su placer al fin lo vió conseguido!
 Antes amorosa llama; luego, rompe ya sus lazos, y el corazon de la dama se deshace en mil pedazos!
MAR. Oh! Cállate que me asustas con tus ideas estrañas.
JUL. Estrañas! Pues son las justas. Son de nuestra corte hazañas. Pero me has asegurado que solo poseo tu amor... (Ay si me hubiese engañado!) Y te confio mi honor.
MAR. Pudieras tal vez dudar de que ese sol no saliera, pero dejarte de amar!.. Para siempre, hasta que muera!
JUL. Bien, Maria, asi te quiero; para disfrutar contento es preciso... Lo primero es salir de aqui al momento.
MAR. Cómo!
JUL. Si; porque esa idea me atormenta sin querer, y solo cuando te vea lejos...
MAR. No, no puede ser.
JUL. Pues quién te lo impide?
MAR. Quién?
 Y me preguntas tú eso? Tu destino, el mio...
JUL. Y bien?
MAR. Y no alcanzas?..
JUL. Lo confieso;

otro ocuparía muy presto el lugar que yo dejaba. No temas, porque mi puesto sin sucesor no quedaba.

MAR. Y acaso ignoras la ley que le aplican al que así llega á abandonar al rey?

JUL. No.

MAR. Y quieres salir de aquí?

JUL. Si.

MAR. Pero...

JUL. Y al despuntar del día la luz primera, no podrán adivinar que estemos nosotros fuera de aquí; y en tanto que nos busquen con afán, tiende la noche su manto y huimos...

MAR. Ah! No, Julian. Imposible!

JUL. Tienes miedo de abandonar esta casa?

MAR. No; pero es que no puedo.

JUL. Pues entonces, qué te pasa?

MAR. Es un secreto...

JUL. Agradezco tan gallardo proceder! Conque yo, yo no merezco vuestros secretos saber?

MAR. Ah, Julian! Me han prohibido... Nada puedo revelar.

JUL. Y cumplis lo prometido. Haceis muy bien en callar.

MAR. Pero ese language...

JUL. No os debe importar, señora; ya nada debo ser yo para una dama traidora.

MAR. Es verdad, teneis razon. Si, es traidora la dama que ofrece su corazon, su amor, su honor y su fama. Es traidora, es una impia la que no goza reposo, la que de amor entrevia un porvenir venturoso. La que padece al mirar un disgusto de su amante, esa es incapaz de amar, debeis matarla al instante. Qué importa que á fuégo lento sufra una eterna agonía su pecho, la que un momento con vileza nos mentia? Ya sé lo que me predícen tus palabras bien estrañas! Y estas lágrimas me dicen que el hombre no tiene entrañas!

JUL. Perdona, Maria querida!

MAR. Las traidoras no perdonan; su corazon nada olvida, y en su pecho odio amontonan!

JUL. Y serás tú tan cruel? No, es tu bondad inmensa, y tu corazon tan fiel, no dará tal recompensa. Pero qué quieres, al ver tu negativa, mil velos

me ocultaron mi deber, y hasta llegue á tener celos.

MAR. Celos! Dios mio! Y de quién?

JUL. Del rey llegué á sospechar; ya te lo dije.

MAR. Está bien.

JUL. Por eso queria marchar.

MAR. Bien está; de aquí á una hora tenme todo preparado para partir. Y ahora, serás ya mas confiado?

JUL. Mi alma, mi amor... todo el bien que ahora me haces compensará...

MAR. De ese modo admito al punto las paces. *(le dá la mano.)*

JUL. Voy á arreglar al instante todo ya para partir... y aseguro que mi amante ya no tendrá que sufrir. *(vase.)*

ESCENA II.

MARIA, sola.

Y tiene celos del rey!

Partiré, si, él lo desea,

mas es preciso que vea si yo lo puedo evitar.

Y sino, no habrá remedio;

mas antes de cualquier modo á mi padre antes que todo

debo al instante salvar. El rey aquí vendrá pronto

y mi acerbo llanto viendo en su corazon sintiendo

irá pronto compasion. Y despues, los tres reunidos,

nuestras almas juntaremos, y siempre nos amaremos

con una eterna pasion.

ESCENA III.

MARIA, GERTRUD.

GER. Os vengo al punto á cumplir ya, Maria, mi promesa;

lo que os tenia que decirlo vengo, si quereis oír

y si no estais muy depriesa.

MAR. Ya, señora, atentamente os escucho con placer.

GER. Pero cautelosamente os lo digo, sed prudente;

que nadie llegue á saberlo.

MAR. Ah, señora! Lo que vos aquí sola me digais,

quedará para las dos, y nadie... tan solo Dios

sabrà de lo que me hablais.

GER. Cierto dia os vi llorar con lágrimas de ternura;

desde luego os quise amar como hermana, y disfrutar

vuestro placer y amargura. En vano me preguntaba

qué fuese lo que affigia vuestro ser; y yo anhelaba

saberlo, pues ignoraba la causa de ello, Maria.

Os diré, pues, lo que siento.

Seguia con gran teson
de vos cualquier movimiento;
vuestro mirar, vuestro acento.
Las huellas de una pasion
descubri sin que os asombre;
vuestro virgen corazon
se lo entregasteis á un hombre;
solo me faltaba el nombre
del que os daba esa ilusion.
Llegué á redoblar mi afan
con empeño decidido;
y supe que don Julian
era en fin vuestro galan,
y galan correspondido!
Yo, que ya os digo os amaba
con el amor de una hermana,
quise ver si os adoraba
él tambien, y le espiaba...

MAR. Y me amaba... no es verdad?

Si, de su amor estoy segura.

GER. No, Maria, desconfiad;
cometia una iniquidad;
amaba... otra hermosura!

MAR. No puede ser... me engañais!
Mi amor no desprecia él!

No, sin duda os chanceais
y por asustarme, hablais...

GER. Os digo que os es infiel!

MAR. Basta ya!

(don Julian aparece por el fondo, y se va acercando
de modo que á su tiempo venga á encontrarse entre
las dos.)

GER. Quereis saber
quién os roba el corazon?

MAR. (Dios mió! Y esta muger
qué dice, que con placer
destroza así mi ilusion?)

GER. Pues yo soy.

MAR. Vos?

GER. Si, la dama
que eterna pasion le inspira!
Yo; la que su pecho inflama!
Preguntad,
Y él os dirá que me ama!
Averiguad...

JUL. Y él os dirá que es mentira!

LAS DOS. Ah! (Gertrudis queda confundida.)

ESCENA IV.

JULIAN, MARIA, GERTRUDIS.

GER. (Ah! Dos veces humillada!
Y en su presencia!)

MAR. Sois vos...
la que su pecho inflamaba?

La que decia hacé poco...
«Por mi arde en viva llama!»

La que mi ilusion perdia
con vil y traidora saña!

Hablad, señora, al instante!
vedle aquí, no decis nada?

JUL. (ap. á Gertrudis.) Señora, salid de aquí:
antes enojo me daba

vuestro proceder tirano
con esa niña, sin causa

ahora me dá compasion
vuestro silencio y desgracia! (se acerca á Maria.)

GER. (Y no he poder vengarme!)

Y se rien!.. Y se amati!)
(hace un movimiento como si quisiera separarlos; mas
se detiene y huye precipitada.)

ESCENA V.

MARIA, JULIAN.

JUL. Cuando á preparar ya iba
lo preciso para el viaje,
divisé en la galeria
una sombra; su semblante
al pasar junto al farol
reconocí, y que á buscarte
venia; y me detuve
por mejor asegurarme.
Ella fue la que el aviso,
diciendo que me engañaste,
me dió; y sospechando
nada bueno, en el instante
que pasó por donde estaba,
la segui...

MAR. Conque escuchaste
todo lo que aquí me dijo?

JUL. Si, y entré para probarte
que es mentira lo que dice,
y que es todo por vengarse!

MAR. Por vengarse! Pues de qué?

JUL. Una vez, tiempo ya hace,
tuvo el capricho Gertrudis
de llegar á enamorarse
de mi: ya dispensando favores
ó bien con dulce lenguaje,
diome á entender que me amaba.

MAR. Ah! Sabia...

JUL. No te alarmes.

Hice que no comprendia
sus miradas tan locuaces,
y con palabras corteses
empecé yo por pintarle
mi corazon, y decirla
que de amor en los combates
se mostraba indiferente
y nunca tomaba parte.
Ella comprendió mi idea,
y lei en su semblante
que destrozaba su ser,
y que prometia vengarse.
Casi me dió compasion!
Mas qué quieres? Otra imájen
de una mujer, me hizo
que á Gertrudis la faltase,
á las leyes, que con damas
nos obliga á ser galantes.

MAR. Y esa otra que robaba
tu corazon...

JUL. Qué, dudastes
que fuese otra que tú?
Tú, que mi reposo amante
hiciste que yo perdiera?
Cuando de la reina entraste
á ser dama; cuando vi
tu pureza y tu donaire,
te amé, porque al fin, venias
de un mundo mas saludable.
Tus sentimientos, tu amor,
serán verdad?

MAR. Bien lo sabes.

JUL. Y por eso, y porque ya
te conocí...

MAR. Renunciaste
á la pasión de Gertrudis!
Gracias mil veces, Julian,
por el bien que ahora me haces.

JUL. Por fin partiremos pronto;
sino, te diría dudases
de Gertrudis, pues me temo
que por este nuevo ultraje
algo cobije en su pecho,
y que procure vengarse.

MAR. No, Julian; la demasia
de tu amor, hace olvidarte
de que la desgracia siempre
es inerte, no combate.

JUL. Es verdad, mas voy al punto
á arreglar lo del viaje:
á Dios. Te encargo el cuidado

MAR. Nada puede ya alarmarme. (*vase Julian.*)

ESCENA VI.

MARIA, sola.

Son las diez, y el rey no viene,
y se vá haciendo ya tarde.
Dios quiera que tus angustias
cesen ya, querido padre!
Y el tiempo se pasa... y nada!
No viene... Podré salvarle?
Ah! Siento pasos... El es!
Virgen santa, valor dadme!

ESCENA VII.

MARIA, el REY.

REL. Hoy á mi page Soler
di esta carta para vos.

MAR. Si señor, hoy á las dos
la recibí con placer.

REY. Para dar mejor semblante
á la cita que os pedía,
que hablar con vos yo tenía
de un asunto interesante
os digo; mas no era eso;
era que... (Será preciso
que antes yo su corazón
descubra, y si con pasión
se le ha entregado á otro amante.)
Antes que os diga mi intento,
vos hablad; pues según creo...
á lo menos aquí leo (*mostrándole la carta.*)
que también me queréis ver.

(*al guardar la carta se le cae.*)

MAR. Es verdad, eso os decía;
espero vuestra clemencia
para salvar la existencia
y el agudo padecer,
de un hombre, señor, que amo...

REY. Que amais decís? Ah, Maria;
ahora la existencia mía
en vez de salvar, herís.

MAR. Yo, señor, de qué manera?

REY. Bien se conoce que amais!

MAR. Ignoro de qué me habláis...

REY. No, Maria, no sufrís;
los tormentos bien crueles
que padezco en el momento!
Bien sé que no ha sido intento
vuestro; pero es un dolor,
que padezco ya hace tiempo;

dolor que destroza el alma,
y que arrebató la calma
sin compasión, con furor!
(Renunciar á mi esperanza!)
Adios, señora! Otro día
os diré... (Lo que sentía
de mi no sabrá jamás.) (*vá á salir.*)

MAR. Os vais, señor? No queréis
escuchar por un momento
de una hija el triste acento
que os implora compasión?
Ah, señor! Yo os lo suplico,
doleos de mi amargura,
y no le deis mas tortura
á mi triste corazón.

REY. Y qué me importa que améis?
Hacedlo siempre, señora.

MAR. Pero una hija que llora,
ya no es nada para vos?
Sois padre, señor, sois padre,
y lo sabéis ya de fijo,
que el amor de padre á hijo
es tan santo como Dios!

REY. Qué decís, que no comprendo
de hijos, padres y amor?...
Y de un acerbo dolor
y de un hombre á quién amais?
Os es infiel vuestro amante,
y queréis que mi poder
le vuelva á haceros querer?

MAR. No.

REY. Explicad, pues, lo que habláis.

MAR. Escuchadme... y lo sabéis.

Hoy recibisteis á un hombre,
que es, señor, muy desgraciado!

REY. Lo decís por ese preso
á quien concedí una audiencia?

MAR. Si señor; de su inocencia...

REY. Es un traidor al Estado.

MAR. No es traidor; si yo os contara
que de hambre se moría
él y su familia un día...

REY. Eso mismo me contó.

MAR. Y es verdad todo, señor.

REY. Y os interesa á vos tanto
enjugar su triste llanto?

Su inocencia no probó.

MAR. El no quería seguir
esa senda peligrosa...

mas su desgraciada esposa

y una hija que tenía,
pan le pedían á gritos

dañándole el corazón;
porque darlo no podía.

Entonces le prometieron

volver su hija á la vida... *pero con la condición*

y se lo hicieron jurar,
de que tenía que entrar

en una oculta traición.

Qué haríais vos, si os ofrecieran
escoger entre la muerte

de una hija...

REY. De esa suerte...

hubiera lo mismo hecho!

MAR. Veo sois, señor, humano,
que conocéis la razón,
y le tendréis compasión.

Es tan noble vuestro pecho!

REY. Y por qué tanto interés

os tomáis por ese hombre?

MAR. No me estraña que os asombre,
porque vos no lo sabeis.

Ese hombre, es padre mio!

REY. Padre vuestro?

MAR. Si señor.

REY. Ya comprendo vuestro amor!

MAR. Y piedad no le tendreis?

REY. Grande su delito fué.

MAR. Pero ya habeis confesado...

REY. Es verdad, fue desgraciado:
yo mi perdón le concedo.

MAR. Ah! Gracias por él, señor! (*de rodillas.*)

REY. Levantad. No teneis mas
que decirme...

MAR. Oh!.. Jamás
olvidaré...

REY. (*Ya no puedo
resistir; á hablarla voy.*)

Decidme, si no me engaño...

Hablad, porque ningun daño
á vos os resultará.

Hace dias conocí...

decid si tengo razon:

qué de vuestro corazon

un hombre era dueño ya. (*Maria baja la cabeza.*)

(Era verdad!) Qué decis?

MAR. Yo señor...

REY. (*Y que suspiro por ella*

ignora! Mi mala estrella

en silencio sufriré.)

Nada os aflija... al contrario!

Quería... veros dichosa!

Tanto... como sois hermosa!

Si amais, os protegeré.

MAR. Tal bondad!..

REY. Os quiero mucho,

y deseaba saber

si es digno de poseer

vuestro cariño el galán.

Quién es? Decidme su nombre.

MAR. Desde que le vi, al instante

sentí que mi pecho amante

latía por don Julian.

REY. Es mi capitan de guardias!

Pues sed felices, Maria!

Vuestro padre en el instante

aquí vendrá.

MAR. Ah! Constante

mi gratitud os será!

REY. (*Adios, ilusion perdida!*

Siempre serás un secreto,

y ella por siempre, el objeto

de verme aquí ignorará.) (*vase.*)

ESCENA VIII.

MARIA, sola.

MAR. En el mundo no habrá mayor contento!

El rey de mi Julian su amor protege;

á mi padre me vuelve en el momento...

un instante no habrá que amar le deje.

Ya mi ilusion apetecida, encuentro

realizarse, la única en el mundo.

Mi padre en libertad veré dentro

de poco, y con ardor profundo

Julian me ama, por lo cual mi vida

será de dichas fuente duradera!

Mi alma de placer adormecida

en sueño grato, dulce primavera
parece distinguir en lontananza!..
Padre y amor! Qué apetecer mas
cuando habia perdido la esperanza
de no verle en la tierra ya jamás!

ESCENA IX.

MARIA, PEDRO.

PED. Maria, hija mia; ya mi deseo
el rey cumplió...

MAR. Ah! padre mio! (*se abrazan.*)

PED. Hace un siglo ya que no te veo!

MAR. No hace seis horas.

PED. Ya que el hado impio

dejó de perseguirme, di, Maria,

por qué te encuentro aqui? Tengo recelo

que destroza con pena el alma mia:

dímelo pronto. (*Si el rey tal vez...*)

MAR. El cielo

se encargó, cuando sola me quedaba,

de velar sobre mi. Un ser doliente,

de la doble desgracia en que me hallaba

consigo me llevó; era pudiente

en la corte, y con el rey hablando

aquí me colocó, pues me queria

como hija suya.

PED. Y...

MAR. El pobre está gozando

de otra vida mejor.

PED. Y di, Maria,

el rey alguna vez... Nada me ocultes:

te ha distinguido á ti de alguna dama?

MAR. Por qué me decis eso?

PED. Eh! No te asustes:

es por saber...

MAR. La que se llama

hija de Pedro, nunca fue liviana...

PED. Muy bien, hija mia! (*abrazándola.*)

MAR. Vos fatigado

estareis, y bien el descansar

os vendrá. (*lo lleva á la izquierda y vuelve á salir.*)

A mi Julian amado

debo decirle que es inútil marchar.

ESCENA X.

JULIAN, MARIA.

JUL. Ya está preparado todo

y solo falta salir.

MAR. Ya, Julian, encontré modo

de no tener que partir.

JUL. Cómo! (*coje la carta del rey con disimulo y la lee.*)

MAR. Hace un momento

que... pero creo mejor

que mañana el pensamiento

te explique... Ah! por mi honor

debes marcharte de aquí,

porque se vá haciendo tarde...

Mas qué, no me escuchas?

JUL. Si.

Decias que hacias alarde

de tu amor... y que...

MAR. Ah, no!

Tú no escuchabas, Julian:

algo me ocultas.

JUL. Quién? Yo!

MAR. Si.

JUL. Pensaba aquí con afan

que han dicho que es un placer grande, inmenso, duradero, el amor de una mujer, y yo creerlo no quiero. Porque es la mujer cruel para el que cree en su amor.

MAR. Pero...

JUL. Me haceis el favor de leer este papel? (*mostrándola la carta.*)

MAR. Ah, Julian! Y era esto lo que te impedía escuchar?

JUL. Bien, Maria! Ahora apuesto á que os vais á disculpar! Necio de mi que creía que su amor era verdad y nada al redor veía! Y era engaño y falsedad!

MAR. Escucha, Julian, lo pido por favor, ten compasion!

JUL. Habeis muy mal comprendido si creéis que con razon, falsa tambien como vos, creeros podría leal. Vuestro corazon...

MAR. Por Dios!

JUL. Solo merece un puñal!

MAR. Oh! si, si; mejor seria...

JUL. Cuando traidora os llamé sobrada razon tenia; y sin embargo, os amé. «Vuestro rey, Maria, samiso, (*leyendo.*) para hablaros de un asunto, os pide humilde permiso. Espero á las diez en punto.» Tomad y buscad un hombre que engañeis como yo he sido... Os desprecio!.. Y por mi nombre que acordaros...

MAR. Me he perdido!

No, Julian, ten compasion de una hija desgraciada! Te lo pide arrodillada con todo su corazon!

JUL. No, perjura! Ya no alcanza perdon tu infame falsia! (*arrojándola de si.*) Destrozas el alma mia!.. Pero yo hallaré venganza.

(*vase; en el momento de salir Julian aparece Gertrudis.*)

ESCENA XI.

GERTRUDIS.

GER. Ya no temo, vive Dios, ya se cumplió mi deseo. Igual á mi ya te veo; despreciadas hoy las dos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Humilde habitacion de Maria. A la derecha balcon que dá á la calle. A la izquierda un sillón y un pañuelo en uno de los brazos. Tres puertas. Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN, agitado, que entra con cautela por el balcon.

JUL. Por fin llegué... Ah, desgraciada!

Temo... Mas no, que mi existencia (*mirando á todos lados.*)

de un solo golpe la dejó cortada, y con baldon tambien dejó burlada de mis ensueños la fatal creencia! Ella con dulce risa... encantadora, me hizo creer en su pasion mentida; esa falsa sonrisa... precursora de la desgracia fué. Llegó la hora de acabar para siempre con su vida!.. (*pausa.*)

Por qué, Dios mio, de tu gran bondad una prueba, no mas, tú no me diste? Por qué á mis ojos solo la verdad no presentaste, y no que la maldad con la forma del bien asi encubriste? Yo era bueno, Señor; mas vi romperse bella ilusion de mi primer amor, á mi alma sentila deshacerse, y poco á poco la senti perderse y bajar á un abismo de dolor! (*pausa.*)

No quiero de piedad mas pensamiento! No quiero compasion... Yo te rechazo, como ella lo hizo; mas veo momentos cuando creo escuchar dulces acentos, que á perdonarla voy. No, se cumplió el plazo! Pero cómo?.. (*mira á todos lados, y al reparar e el pañuelo, lo coge con frenesi.*)

Ah! si... Qué voy á hacer?

Si, si, ella lo quiso!

(*saca un frasquito e imprime el pañuelo en el liquido que contiene, dejándolo como estaba en el sillón.*)

Dentro de poco...

cruel! no existirás! No habrá poder humano que te salve, vil mujer!.. Salgámonos de aqui; me vuelvo loco! (*vuelve á bajar por el balcon.*)

ESCENA II.

MARIA, sola.

Mi padre duerme tranquilo; pero yo en vano me afano! Del corazon los latidos no me dejan descansar, aunque bien lo necesito. (*se sienta.*) Ayer amada yo era! mas hoy, ya segun colijo, indiferencia y desprecio es tan solo lo que inspiro.

(*se enjuga con el pañuelo algunas lágrimas que desprenden.*)

Ah! Hoy por la vez primera mi corazon angustiado, le encuentro ya desgarrado... será por la vez postrera! De Dios la mano escribia en el azul firmamento, que llegó el postrer momento para la existencia mia. Mi ilusion ya fue perdida, perdido mi bienestar!.. Julian me dejó de amar... para qué quiero la vida? Qué es el amor de esta suerte, sola con mi pensamiento? Es un eterno tormento mucho peor que la muerte! (*vuelve á limpiarse las lágrimas.*) Perdida ya la esperanza

á mi herido corazón,
 qué le queda á mi pasión
 mas que la desconfianza?
 Si él me quisiera escuchar,
 me volvería á querer!
 Si yo le volviese á ver!
 Me es imposible no amar!
 Oh! Esa muger, su ayuda
 le prestó para no amarme:
 ella le obligó á dejarme
 poniendo mi amor en duda.

CRIADA. (saliendo.) Señora, ahora mismo un hombre,
 aquí corriendo llegó,
 y esta carta me entregó
 para vos.

MAR. No dijo el nombre?

CRIADA. No.

MAR. Está bien. (vase la criada.) Ah, qué afán!

Ya siento á mi corazón
 que toma nueva expansión:
 si será de mi Julian? (lee para sí.)
 Dios mio! Qué es lo que leo?
 renunciar á mi esperanza
 sería una atroz venganza!

Lo estoy viendo y no lo creo! (lee.)

«Mucho siento, querida Maria, que hayais abandonado el palacio, y mucho mas ahora que podriais presenciar una escena que os llenaria de júbilo. Nuestro querido Julian, viéndose vilmente engañado por una dama, á quien se decia dispensaba el rey sus favores, ha pedido á este mi mano, y está señalado nuestro próximo enlace para dentro de un mes. Me apresuro á ponerlo en vuestro conocimiento, porque como nos queríamos tanto!.. creo que os alegrará saber la cierta felicidad de vuestra amiga=Gertrudis.

Esto no puede ser, Dios bondadoso! (cae en el sillón.)
 Dentro un mes!.. y al soberano

le pidió él mismo su mano!

Estoy sola y tengo miedo!..

Ay! Qué punzante dolor!

(llevándose las manos al pecho.)

Padre! Padre! Por favor... (llamando.)

y levantarme no puedo!

(hace un esfuerzo desesperado para levantarse y cae desfallecida en el sillón, cubriéndose el rostro con el pañuelo que tendrá en la mano.)

ESCENA III.

MARIA, PEDRO.

PED. Ya estoy aqui, Maria; me llamabas?
 Qué tienes, hija mia? Por qué lloras?
 No respondes? Ay! Qué tristes horas
 te hace pasar Julian, á quien amabas.

MAR. (levantándose de repente.)

Julian?... mírale... calla, que viene;
 y si te oye decir que estoy llorando,
 le darás un pesar. Me anda buscando
 y no me vé! Mira, en su diestra tiene
 un anillo que yo no habia mirado!..
 Qué será? Ya se acerca. Di, que anillo
 es ese? Me espanta tanto brillo!
 Tú nunca me lo habias enseñado!

PED. Maria, por Dios!..

MAR. Calla, mentira!
 Pues no dice Julian que es de una dama...
 su prometida esposa... y que se llama...
 cómo digiste? Gertrudis... ves? Delira!
 No amarme tú! Ah! Dónde te has ido?

Huyes de mi, Julian! Ya no me quieres?
 Tienes celos, sabiendo que tú eres
 solo el que amo, y á quien nunca olvido!
 Y no me oye... y se vá!.. Oh! qué tormento!

PED. Pero dime, Maria, no conoces?..

MAR. Quieres no te conozca?

PED.

Si, yo soy...

MAR. Julian! Y vienes á cumplir tu juramento?

No haces memoria ya cuando decias
 con halagueño y cariñoso acento,
 que era yo sola la que tú querias?

Pues bien, eso que me decias... lo juraste
 con fuego y con pasión, junto á un altar,
 y entonces, como ahora, tu exclamaste...
 que nunca me podrias olvidar!

Pero veo en tu rostro una tristeza...

Te aflige algun pesar? Por qué lo callas?

No respondes, y bajas la cabeza...

es que en mi amor felicidad no hallas?

PED. Dios bondadoso, no sufrí bastante
 para que así me deis este castigo?

Maria, por piedad, deja tu amante
 que no te oye, no, vente conmigo.

MAR. Dejadme!.. no... qué no me oye? Iguales
 somos las dos, resuena en mis oídos!..

Si, eso me dijo; palabras bien fatales

que penetran por todos mis sentidos!

Mírala, mírala!.. Cómo sus ojos

en mi clava con furia, que me espanta!

PED. Tiene su alma y su cabeza herida!

MAR. Ya se fué, me dejó!.. Gracias, Dios mio!

Esa mujer me asombra sin querer,

llena mis miembros de un agudo frio

que me mata; nunca la quisiera ver!

PED. Hija mia! Maldita la primer mirada
 de ese amante que... En nombre de tu madre
 ven á mis brazos! No me oye... nada!

(desde que Pedro empieza á hablar, Maria va volviendo en sí.)

MAR. Padre querido!

PED.

Si, yo soy tu padre! (se abrazan.)

MAR. Yo no sé lo que siento

aquí... ay! yo desfallezco...

creo es el último aliento...

PED. Pues descansa, hija querida,
 que te has agitado un poco;
 ven.

MAR. Es el fin de mi vida;

es que ya la tumba toco.

PED. Y por qué esos pensamientos?

MAR. Es que ya me abandonó

y sufro amargos tormentos!

PED. Pero no te quedo yo?

MAR. Ah, padre! Teneis razon.

PED. Ya de mi se habia olvidado!

MAR. Borrará del corazón

la historia de lo pasado,

y... (se detiene llevando las manos al pecho.)

Es un dolor profundo,

el que siento aquí... me muero!

Voy á dejar este mundo

por otro mas verdadero.

ESCENA IV.

Dichos, JULIAN precipitado.

JUL. (Dios mio! qué es lo que he hecho!)
 Maria!

PED. Sois un malvado,

y teneis de tigre el pecho!

JUL. Ah! Sabeis... (asustado.)

MAR. Julian amado!..

JUL. Ese pañuelo!.. Maria!

MAR. Es verdad que te arrepientes?

Crees en la inocencia mia?

Lo que hiciste, ya lo sientes?

Es verdad que al rey, ufano

para de hoy en un mes,

de Gertrudis tu la mano

pediste?

JUL. No, no lo es.

Quién pudo decir tal cosa?

MAR. Ella así lo aseguró.

JUL. Oh! Su corazon rebosa
de odio.

MAR. Qué la hice yo
para que así me tratase?

JUL. Nada mas que amarme á mi.
Te enargué desconfiases
de esa mujer.

MAR. Yo creí
fuera verdad... oh, qué velos
ya mi mirar oscurecen!..

JUL. (Cómo se vengan los cielos!)

MAR. Los objetos desaparecen...
padre!..

PED. Hija! Estoy aqui.

MAR. Julian... tu mano... perdon!..

No me perdonas?... Ah! si!

JUL. Dios mio!

MAR. Tu bendicion... (á Pedro.)

PED. Pero, Maria, por Dios!..

MAR. Dejad seguir... mi camino...
quereos... mucho... los dos!..

(juntándoles las manos.)

cúmplase... al... fin... mi destino! (espira.)

JUL. Pedro, escuchad un momento.

PED. Qué me queréis, desgraciado?

JUL. Quiero... que el remordimiento
me tiene desesperado!

Quiero que al punto me oigais
lo que el pecho me destroza.

Los celos que del rey tuve
me hicieron... Ah! que esta aurora
viniera á ver á Maria.

Esta estancia estaba sola...

y una idea... Oh! Dios mio!

Ese pañuelo...

PED. Y luego...

JUL. Pronta

mi aleve mano, en el puso
un veneno, que destroza
en dos minutos el ser
de una robusta persona.

PED. Vos! Un veneno!.. A ella!

Vuestra mano presurosa
muerte la dió! No! Mentira!

Si, Julian, mientes ahora;

no, no ha muerto... vive,

vive, porque á mi me importa...

porque es mi hija, lo oyes?

Porque yo soy quien la adora,

y no tú, que eres un monstruo!..

Por qué tu vida prolonga

ese Dios que tal permite?..

JUL. Oh! si, mi muerte... no hay cosa

que mas me alhague despues...

PED. Mas me engaña vuestra boca,

no es verdad? Vos no habeis sido!

JUL. (Oh, qué idea! Solo mi honra
de este modo salvaré!)

PED. Respondedme sin demora.

JUL. Pediros quiero una gracia.

Dejad que un momento á solas

entre en esa habitacion,

para que mi llanto corra

al recordar los objetos

que fueron de ella... Una hora...

pocos instantes no mas.

PED. Os lo concedo.

JUL. Otra cosa...

Dadme vuestra mano! Adios! (vase.)

ESCENA ULTIMA.

PEDRO.

Hija mia!.. Yo sufrí

y tú tambien padeciste;

mas ya el postrer adios diste

á este mundo. Yo sin tí

qué he de hacer sino llorar!

A eso el cielo me condena...

Si! Siempre una amarga pena!..

Pronto te iré yo á buscar!

Si, ya me será imposible

vivir solo, sin tu amor,

y cada vez mi dolor

irá siendo mas terrible!..

Cuando mañana la tierra

cubra tu bella ilusion,

contigo á mi corazon

ella no sabrá que encierra.

(se oye un tiro por donde salió Julian.)

Tambien tú!.. Oh!.. Desgraciado!

(mirando á la puerta.)

Te acusaba tu conciencia;

has muerto desesperado

por creer en la apariencia!

Nuestros juicios siempre dañan

si en apariencias se fundan;

temed que al cabo se hundan;

las apariencias engañan.

FIN.

MADRID, 1855.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, 13, bajo.